La Convención

Ocurrió hace un tiempo una reunión muy particular, llevaba varios años siendo programada, con mucho detalle y esmero, hasta que al fin resultaba. No era fácil que a todos a quienes se había convocado pudiesen asistir desde diferentes partes del mundo y del país. Cada uno con sus dificultades particulares para poder trasladarse de forma segura desde los diferentes y distantes lugares.

Pero finalmente ocurrió y se reunieron como estaba previsto, leyeron la pauta y se fueron trayendo los temas a discutir en un orden estricto. Que al principio fue muy apegado al guion, pero que más tarde fue dando paso a un encuentro menos serio, de más relajo, soltura y buen humor.

Cada quien contó su historia, sin ninguna interrupción, y luego de haber acabado el silencio varias veces –y por varios segundos– se quedó.

Comenzó una rata vieja, que no tenía ya casi pelo ni visión, pero aún en su cola y patas tenía buen color:

-Gracias a todos y todas quienes pudieron venir hoy, mucho tiempo este encuentro por todos fue anhelado y me alegra ver que ha podido ser concretado.

La rata vieja hace una pausa para respirar profundo. Luego carraspea varias veces, como aclarando su garganta, la cabeza ladea y la mirada levanta. Ahora sí, se siente lista para nuevamente hablar:

-He aquí hermanos mi historia. Algo es que todos tenemos en común, y es que, por mucho tiempo, nosotros -así como tantas y tantas generaciones que nos precedieron- creímos que el mundo era uno de muy poca luz.

-Como todos aquí bien saben, encerradas y producidas en serie nos trajeron a esta realidad a existir, en condiciones de "experimento" y muchas veces a sufrir.

Intenta continuar, mas le conmueve ver la atención con la que toda la audiencia en ese momento se ha detenido a escuchar. Sabe bien que sus palabras pueden muchas heridas tocar, allí en lugares sensibles y profundos, que a algunos aún les cuesta detenerse a mirar. Al fin, una tibia sonrisa logra esbozar, y sigue:

-Aún recuerdo el día en que mi consciencia despertó y miré asombrado el mundo a mi alrededor. Me sentí un individuo que es dueño de su propia voz, y no una máquina animada por la comida

y el control. Por primera vez supe que eso no era yo, sí una parte, más no todo, sino solo la que se me determinó.

-Mucho antes de nacer habían zanjado mi destino, esos que se dicen creadores y que juegan a ser divinos. En serie producidos, sin nombre ni personalidad, ni derecho a intereses propios, mucho menos a voluntad.

-El día en que desperté me di cuenta que mi alma hace mucho tiempo anhelaba que la mirara. Me gritaba '¡no eres máquina! Sino que eres puro amor, es más, una versión pequeña de eso que llaman Dios'.

-Pero yo el mensaje de mi alma no entendía, pues mi rol había tomado, de ser juguete del destino, ese que se me había asignado.

-Aún recuerdo ese día, el día en que desperté, día que coincidió con ese en que a todos nos liberaron, para vivir con dignidad y en nuestros propios términos en los llamados santuarios.

-Muchos fuimos liberados, a algunos hasta nos honraron por los servicios prestados para tantos humanos. Pero finalmente nada de eso es suficiente para sentir que valió la pena, todo ese tiempo enjaulado siendo máquina ajena. Todo eso de probar medicamentos, de ingerir -sin gozo y hasta forzadamente- dietas extrañas, de regalar nuestra sangre, órganos y tejidos para probar teorías gastadas.

-No sé si realmente yo o mis hermanos, con quienes compartíamos en esos días las jaulas, aportamos a esa tarea humana, pero sí sé que me alegré infinitamente de saber que ya era una etapa pasada. Ya que algunos humanos y humanas decidieron terminarla, en pos del bien de todos los que en esta tierra moraban.

-Desde ese día, el día de mi liberación física y mental, reflexiono sobre mis labores pasadas y sobre quien me asegura que no sean recreadas, en nuevas generaciones de ratones y ratas traídas aquí como cosas animadas.

Cerró los ojos y guardó silencio unos instantes, y entonces nuevamente su garganta aclaró:

-Los invito mis hermanos y hermanas a contar aquí su testimonio, sin duda retrato de una vida de oscuridad y demonios. Pero no por eso menos valiosa dado todo lo aprendido, porque a veces para saber quiénes somos realmente, a experimentar el dolor hemos venido. Os concedo la palabra, ya pueden comenzar.

Y la rata vieja lentamente descendió por los escalones hasta una de las sillas que estaba en primera fila mientras otra de las ratas asistentes, algo más joven, se acercaba a la tarima.

Fueron muchos los testimonios que esa noche se trajeron, algunos llevaban a todos a estremecerse, a pesar de que en carne propia lo vivieron.

En otras ocasiones también hubo humor oscuro, en particular por el hecho trágico de que, al verse en apuros, muchos experimentos los humanos cancelaron, y a veces incluso a las ratas-modelo sacrificaron. Acabando, encima de todo, sin resultados satisfactorios que mostrar. Nada nuevo, ¡nada útil! Nadie a quien beneficiar.

Los estudios de dietas humanas también ahora les daban risa, sobre todo, aquellos en los que los hacían comer mucha grasa y, a consecuencia, engordar de prisa. Más si dichos experimentos eran con ratas mutadas genéticamente. –Entonces –decían– ¿acaso así éramos más humanos en sus mentes?

–Ay– decía más tarde una rata joven que a su abuelo acompañaba –todo lo que han pasado ustedes me parece tan perverso, pero a veces también los humanos me hacen reír a montones, creyendo que tan artificialmente imitaríamos mejor sus condiciones. Cuando lo que les pasa a ellos les lleva toda una vida, de comer tantas cosas que no son alimento ni comida. De pasársela sentados o moviéndose muy poco, comprando cartones de cigarros o bebiendo como locos. Acaso por el partido, acaso por los amores, acaso por la fiesta, la mayor de las veces por los dolores.

–El problema de los humanos es que van buscando consuelo en sensaciones placenteras que duran unos instantes, como si sus vacíos internos se llenaran con químicos y preservantes. Asociando

la felicidad a ese exceso de envases brillantes, cuando el alma la que reclama es una que no vive de colorantes. Esas combinaciones que buscan hacer explotar los sentidos, mientras ellos van comprando sucedáneos de alegría sin saber que están dormidos.

–Si tan solo conectaran con lo que de verdad alegra el alma, entrarían de inmediato en un estado de calma. Si entendieran que en la naturaleza está dado para todos el sustento, y que directo de la Tierra es desde donde viene el verdadero alimento. ¡No sé cómo se las arreglan para que no les llegue a todos! Cuando para cada hombre, mujer, niño y niña, debería tocar un buen poco.

–He oído que incluso, este alimento se lo dan a los animales –a otros, no a ratas– para que después los puedan faenar, y a esos sí comerlos, no sin antes su cuerpo procesar. Llenándolos de químicos, incluso colorantes y mucha sal, ¡y luego para unos pocos! Los que los puedan comprar.

–¡Ahí entramos nosotros!” dijo otra rata adulta que hasta ese momento no había querido hablar –ya que muchas veces nos utilizaron para ser modelos de enfermedades que en gran parte se hubieran podido evitar. En mi caso es peor, pues no tengo salvación ya que desde que me gestaron se determinó que yo y toda mi familia tuviéramos alta la presión. Poca vida (y no buena) ya me queda antes de presentar deterioros debido a mi particular condición, pero agradezco vivirla siendo libre a diferencia de tantas otras ratas de

mi anterior generación. Aunque déjenme decirles que igual esto prefiero yo, a la aún peor suerte que corrieron otras que, si bien, no nacieron con hipertensión, se les indujo artificialmente mediante una operación.

-Abiertos por el costado a mis jóvenes hermanos un clip en la arteria del riñón les era implantado. A veces los humanos son bastante creativos, aunque ojalá esa capacidad tan maravillosa la hubieran destinado a más generosos motivos.

-Así los modificaban, para que artificialmente un aumento en la presión sanguínea los ratones demostraran. Y no solo del riñón y la presión los enfermaban, sino que indirectamente también un agrandamiento del corazón con ello estos "modelos animales" se ganaban.

-Si supieran los humanos que nuestro corazón ya es inmenso, pero por cosa natural, y que ningún rencor les guardamos por hacernos este mal. Que mientras en nombre del beneficio de los estudios y el mayor entendimiento de su enfermedad este dolor nos causaban, mis hermanos en sus mentes ningún mal para ellos anhelaban, a pesar del tan alto costo que todo ese padecimiento les significaba.

-Seres casi invisibles (aunque no por falta de materia) siempre les parecimos, invisibles porque realmente, para ellos, individuos con alma, inteligencia y emociones nunca fuimos.

Y otra rata interrumpió –Y cómo los vamos a culpar, si a veces ni entre ellos que son de la misma especie se parecen respetar. Será cosa que no aprenden, o más bien desaprenden a poco andar, adquiriendo esas formas egoístas que muchas veces parecen expresar.

Y otro ratón más viejo agregó:

–Claro, pero para qué más vueltas le vamos a dar, que si los humanos son así o son asá para qué nos puede ahora importar. Lo que de verdad importa, hermanos, es que de entre ellos muchos ya parecieron despertar, y con ellos la consciencia de que *somos hermandad*.

–Antes de nuestra liberación, a uno de mis hermanos un tumor le generaron, así bajo su piel a través de una inyección células de cáncer humano le implantaron. Al poco tiempo a mi pobre hermano ya masas le palparon y luego de eso varias drogas contra los tumores en el probaron. Supuestamente fueron exitosas, más este logro en los humanos no replicaron ¿será porque para eso sí que somos diferentes de ellos? ¿Aún más de lo que pensaron?

–Y así murió mi hermano, y después venía yo, pero ya que aquí estoy mi testimonio contando podrán adivinar que eso nunca sucedió.

-Por suerte vino el día en que me sacaban de mi jaula, y pensando en que ya mi destino de morir con tumores me alcanzaba, simplemente a mi suerte con resignación me entregaba. Más cuál fue mi sorpresa cuando la humana que me tomó me acercó a su cara y sonrió, y me dijo: *no te preocupes que ya esta vida terminó.*

-Lo que sentí en ese momento no lo puedo ni explicar, ya que por vez primera sentí que alguien de la raza humana me podía realmente mirar. No como cosa, no como insumo, no como máquina para operar, sino como un ser, un individuo, con valor propio y voluntad.

Los demás presentes se estremecieron, más unos segundos esto duró, porque ya con este último relato la convención como tal se cerró.

Lo que quedó fue una fiesta, con risas, comida y buen humor, baile, música e historias alegres, sobre la nueva vida que se les ofreció. Una en lugares protegidos donde al fin pueden ser ellos y ellas, ya sin jeringas que temer, sin encierro ni operaciones, ni siendo artefactos para enfermedades de otros conocer. Sí guardando en sus memorias todo lo vivido en el pasado, pero no por alimentar rencor o rabia, sino por honrar su historia y el camino transitado. De manera que no se olvide, porque ya llegará ese día en que al recordar los humanos como comunicar con sus hermanos, las ratas

estas memorias les podrán transmitir, y ahí si asegurarse de que esta suerte para otros no se vuelva a repetir.

Las ratas saben que tomará tiempo a los humanos recordar, ya que deben apagar la mente y solo con el corazón conectar. Pero tienen la certeza de que ese día llegará y hasta entonces más convenciones cada cierto tiempo se deberán organizar, hasta el día en que el mensaje por fin sea entregado y puedan definitivamente respirar en libertad.

FIN